

Profundo... memorias de un hueco lleno

Andrea Moreno Hurtado

Este cuento se escribió en memoria de todas las personas asesinadas y desaparecidas por exigir sus derechos durante el estallido social en Colombia 2021. Es la historia de muchos huecos llenos que, desde hace muchos años, se han vuelto parte de la geografía de nuestro país, sea por el peso de llevar a cuestas miles de siluetas rojas que dan cuenta de la historia del horror de este país o porque en varios de ellos ahora brota la esperanza y posibilidad de construir una nueva historia que nos alimente y nos abrace.

Caía la tarde en la ciudad del Hoyo. El sol estaba tibio y algunas palas continuaban trayendo más huecos a este mundo. Aunque yo estaba situado a muchos diámetros de distancia, puedo decirles que en las tardes del Hoyo todo se tornaba alegre. El viento permitía que muchos huecos cantaran melodías hermosas y agudas que hacían que algunos bailáramos; otros huecos coloreábamos el vacío, escribíamos, leíamos y, otros, enseñábamos. Recuerdo que me gustaba cuando el sol se ubicaba en el ángulo exacto y me bañaba por completo con su tibio y amarillento reflejo. Sentía cómo me vaciaba, poco a poco, con su calor.

El Hoyo era la ciudad perfecta,

hasta aquella noche del 30 de abril cuando todo alrededor fue cubierto por un viento helado que llegaba hasta el fondo de cada uno de nosotros. Debimos presentir la tragedia que se aproximaba a paladas fuertes, ruidosas, camufladas y con grandes pesos a cuestas. Esa noche nadie percibió la tragedia.

Antes de continuar esta historia quiero presentarme. Mi nombre es Profundo. Antes estaba tan vacío y presumía de ser el mejor hueco de toda la ciudad del Hoyo, pero hoy estoy a rebosar. Soy un hueco lleno que descubrió que, aun estando lleno, puede soñar. Vivo en el barrio Excavación, a solo 5 centímetros de diámetro de Quiebra Huesos, una pequeña loma de tierra, muy apretada, que no permite que en ella nazcan huecos. Yo constantemente hablo con ella. Es mi única vecina, pues, como ya lo había mencionado antes, vivo a muchos diámetros de distancia de los demás huecos.

Quiebra Huesos fue quien me advirtió que algo terrible ocurriría. Ella sabía leer el terreno y sus advertencias. No le creí. Fue por eso que dejé que cada día me abrieran más y más, aun sabiendo que varias noches, antes del 30 de abril, Quiebra Huesos venía advirtiendo que no era normal que un hueco creciera tanto, en tan corto tiempo, y con tanta prisa. Dos paladas después, ya había decenas de huecos muy cerca.

“¿No se te hace extraño que nazcan tantos huecos en este extremo de la ciudad que es tan solitario?” Me

preguntó Quiebra Huesos. La ignoré. Para mí era maravilloso ver tantos huecos a tan cortos diámetros de distancia. Ellos hacían que los días fuesen más amenos en este lugar. Ahora no éramos solo ella y yo. Había más y más huecos. Los más pequeños jugaban todo el día. Nunca antes había escuchado tanta alegría en este lugar: unos huecos cantaban, otros danzaban y algunos, ya mayores y de mayor tamaño, contaban historias.

Las noches eran para compartir los sueños más huecos. Muchos de ellos deseaban viajar a las ciudades más huecas, estudiar en universidades huecas, ser futbolistas, periodistas, escritores, artistas, fotógrafos, ingenieros, cocineros, actores...

Ninguno de nosotros permitiríamos que nos arrancaran estos sueños. Queríamos un mundo más hueco dónde todo hueco, desde el más pequeño hasta el más profundo, pudiesen seguir excavando lo que soñaban. Queríamos un mundo hueco que nos permitiera estar cada vez más vacíos, pero estos sueños duraron poco. No escuchamos a Quiebra Huesos quién nos advertía de la tragedia... hasta que Vacío, un hueco alegre, con un espíritu libre, cansado de que lo ubicaran en un lugar y, luego, en otro, y en otro, se reveló y gritó para todos:

“¡Éste será el último lugar donde estaré. No permitiré que me muevan de aquí!”

Estaba decidido a llenarse si era necesario. No permitiría que lo movieran más. Al fin había encontrado su hogar al lado de tantos huecos. Por fin se sintió en casa. Todos los otros huecos nos contagiaron de su espíritu y decidimos que nadie nos movería de aquí. Estábamos dispuestos a llenarnos si era necesario.

Ninguno percibía la tragedia que llegaría ese día. No imaginábamos lo que nos esperaba.

Vacío fue el primero. En la noche del 30 de abril todos fuimos testigos de cómo llegaron ante él para borrarlo. Resistió lo más que pudo, pero pronto lo empezaron a llenar, y a prisa. La oscuridad era demasiado espesa y no percibíamos lo que pasaba. Solo escuchábamos los ecos de Vacío gritando “¡Ninguno de aquí va a renunciar a sus sueños... sueños... sueños...!”

De pronto, un rayo de luz iluminó justo hacia Vacío. Allí pudimos ver cómo lo llenaban con varias siluetas rojas que se veían muy jóvenes. Luego, continuaron unas siluetas tras otras, tras otras, tras otras, tras otras: fueron lanzadas en los otros huecos que también se rehusaban a renunciar a sus sueños. Sin embargo, no valió la resistencia porque al final terminaron por rellenarlos. Luego, aplanaron el terreno, borrando cualquier rastro de existencia de ellos. Nunca nadie se imaginaría que estuvieron allí: no quedó ni una sola huella.

Cada noche se repetía la escena: paladas fuertes, violentas y clandestinas arrojaban siluetas rojas y tapaban su rastro, terminando, de a poco, con los huecos que ellas mismas trajeron a este mundo. Ya quedábamos pocos. Yo no quería cargar, entre mi vacío, aquellas siluetas rojas. No quería ser borrado cargando la injusticia, escondiendo una verdad que tarde o temprano se sabría. No quería ser cómplice del dolor, pero era casi inevitable. Yo era el último hueco que quedaba en este lugar. Solo éramos Quiebra Huesos y yo nuevamente.

Antes reclamaba la tarde y su tibio rayo de sol que me vaciaba todo por dentro ¡Antes soñaba... antes soñaba bonito! Ahora todo minuto que pasaba me recordaba que se aproximaba algo que creía inevitable. Sé que Quiebra Huesos lo sabía. Sabía que no quería ser borrado de esa manera y, en un derrumbe de amor e indignación, esa noche, al escuchar que se aproximaban aquellas paladas violentas, por primera vez aflojó su

tierra para llenar mi vacío de esperanza. Aquellas palas esa noche trataron de remover la tierra, pero era la más apretada de toda la ciudad del Hoyo, así que les fue inútil. Quiebra Huesos esa noche estaba más compacta que de costumbre. Entonces, tuvieron que regresar de vuelta con su silueta rojas y a paladas aún más violentas, que hicieron evidente lo que hacían en el barrio Excavación. Las palas fueron perseguidas durante un trayecto largo. Solo lograron alcanzar a pocas, pero la mayoría logró escapar y, desde esa noche, no se les volvió a escuchar más por la ciudad del Hoyo. Se dice que se camuflan entre arenas movedizas profundas, pero nadie sabe con certeza dónde.

Mi vacío lo lleno Quiebra Huesos con su tierra de esperanza. Ahora, ella y yo somos una. Nuestra tierra ha permitido que aquí brote un árbol frondoso, de raíces profundas que se abrazan a aquellos huecos llenos que alguna vez estuvieron vacíos. Ahora somos un árbol de tallo fuerte, de ramas diversas, diferentes unas de las otras. Nuestros frutos saben a sueños de libertad: a dignidad. Nuestros frutos nutrirán estas tierras y todos aquellos huecos, que se alimenten de ellos, conservarán nuestras memorias de dignidad, para defender sus sueños de libertad y continuar exigiendo justicia y verdad para aquellos que se atrevieron a protestar ante las injusticias y, por ello, hoy ya no están.